

# Comediantes

Por: Pedro Trujillo

Rescatan ideas caducas que se demostraron fracasadas y utilizan la interpretación y el melodrama para confundir cada vez más a la audiencia. De la insufrible e inacabable verborrea de Castro se ha pasado a la ocurrencia pueril y provocativa de Chávez. Otros se sitúan en un punto intermedio de la línea: Morales, Ortega, Correa, la pareja Kirchner; no han desperdiciado ninguna oportunidad para imitar y querer superar a sus mentores.

La última farsa ha sido la del boliviano-bolivariano declarándose en huelga de hambre, como por años hicieron los criminales en las cárceles. Abandonar el cargo y cruzarse de brazos en señal de protesta termina por ser un delito y una pura pantomima de niño cagón y mal educado al que no debería llegar ningún jefe de Estado, que se precie naturalmente. En el candelero también ha estado el presidente y ex obispo Lugo, “cumplidor y recto”, y con voto de castidad, pero forzado a reconocer a su hijo, bajo presión de la madre, con quien parece mantuvo relaciones durante 10 años, aún cuando ella era menor de edad.

El populismo siempre ha sido falaz, embustero y oportunista, cómo no puede ser de otra forma. Sus dirigentes han empleado un doble discurso, interesado en beneficio propio. Lo hizo Stalin, lo profundizó Hitler, y lo han continuado mejorando muchos imitadores desde entonces, con el agravante de que a ninguno le tembló el pulso para aniquilar a cientos, miles o millones de personas, aunque luego quisieron escribir la historia (y lo sigan haciendo) de forma diferente.

La nueva izquierda, ese denominado socialismo del siglo XXI, por muy renovado que se nos venda, no ha podido superar la actuación folclórica y el discurso fácil, prepotente, amañado y amparado en el colectivismo, donde es sencillo ocultarse y difícil identificar al responsable. Se creen los campeones de los derechos humanos y dicen preocuparse por las injusticias, los abusos, los pobres, las mujeres y los grupos más vulnerables y desfavorecidos, cuando en realidad son incapaces de mostrar respeto, aplicar justicia y observar la ley. ¿Qué esperar de esa clase de dirigentes? Sus discursos se encuentran en las antípodas de sus acciones. Predican una cosa, pero para sustentar la farsa y el show mediático, aprovechan las circunstancias, el momento y la buena fe de la gente, y adornan sus vacías actuaciones con gestos, palabras y colorido variopinto.

Quienes aspiran a ser como ellos, pero todavía no han incursionado en ese club de dementes, aparecen sin aviso en lugares públicos —como playas— o “regalan”, con dinero ajeno, vajillas y estufas de gas, eso sí con decenas de fotografías presentes, que publican cientos de imágenes de la “sorpresiva y generosa” visita del mandatario. Propaganda pajera en pareja, con voluntad de imitar a aquellos otros destacados comediantes. Cuando los cachan, inventan conspiraciones y complots sobre asesinatos, con lo que justifican otro montón de barbaridades posteriores. El copy-paste no tiene límites, y la payasada política parece que tampoco.

Aspiran a ser líderes, pero no dan la talla. Les viene grande el cargo, tienen miedo a tomar decisiones y no asumen responsabilidades. Quieren, pero no pueden. Piensan que la historia los situará en un lugar de honor, sin darse cuenta que el tiempo solo pone a

las personas en el sitio que realmente les corresponde. Émulos de héroes que se quedaron al principio de la lectura del cuento y en las primeras viñetas del cómic, aunque creen que avanzan a galope por la llanura, para salvar a la humanidad. ¡Pobrecillos! Pero nosotros que los tenemos que soportar.